

hechas, para que nadie y en ningún tiempo nos taché de haber incurrido en la falta de acoger con aplauso, incondicionalmente, todas y cada una de las ideas vertidas por Pimentel en sus escritos, y para que no se nos aplique aquella observación de Macauley, de que del propio modo que todos los oficios mecánicos ejercen cierta perniciosa influencia en los órganos corporales del artesano que los practica, y que los unos adolecen de la vista, los otros del pecho y los otros no se desarrollan debidamente, así sucede con las ocupaciones intelectuales que también producen achaques intelectuales, y que por eso vemos que los biógrafos, los traductores y editores, y en una palabra, todos cuantos se ocupan en escribir y dar á luz la historia ó las obras de otro, se hallan expuestos más particularmente á la enfermedad de la admiración.¹ Nos inclinamos siempre con respeto ante la clara inteligencia y el saber profundo de Pimentel; pero, aun viviendo él, disintimos de sus opiniones más de una vez y así lo hicimos constar con lealtad y franqueza, como lo comprueban escritos suyos en que procuró rebatir nuestras observaciones. Véanse si no varios pasajes de su *Historia de la poesía en México*, y véanse en las páginas que siguen cómo no comulgamos con él en todo y para todo.

Reanudemos nuestro estudio.

«Las leyes mexicanas dieron, á raíz de la proclamación de la independencia, una satisfacción á la dignidad humana ofendida y el primer paso para levantar á los naturales de su abatimiento, al establecer que no habría esclavos en México, que todos los hombres serían en lo de adelante iguales ante la ley sin dis-

¹ Macauley. *Lord Chatham*, estudio escrito á pretexto de la publicación de dos tomos de la «*History of the Right Honourable William Pitt* por Francis Thackeray.»

tinición de razas ni condiciones.» «Apréciase esta manifestación en su justo valor, agrega Pimentel, porque si bien las costumbres todavía son hostiles á los indios, sin embargo, entiéndase que no ha habido, de hecho, una reforma, una mejora en el mundo á la que no haya precedido largo tiempo la idea: cuando un derecho se reconoce, se ha dado un paso inmenso; dejad al tiempo que haga lo demás, él le convertirá en hecho.»

Ese paso inmenso fué dado, no debe olvidarse, por decreto de Hidalgo en Guadalajara, primero, y dos años después en Chilpancingo, por Morelos, y nunca será redundante su alabanza en labios mexicanos; mucho menos cuando en labios extraños se ha escuchado más de una vez. «¿Ha ocurrido jamás,—dijo un escritor norte-americano en 1886,—preguntamos á los maravillosos genios que con tanta facilidad critican á México y á sus instituciones, que el grande y progresista país llamado los Estados Unidos del Norte, al cual tenemos todos orgullo en pertenecer, toleró la monstruosa institución de la esclavitud más de medio siglo después de que totalmente hubiera sido abolida en México y que aun entonces sólo pudo conseguirse la libertad del esclavo mediante el gasto de una inmensa cantidad de dinero y de un tremendo sacrificio de humanas vidas? Sin embargo, la esclavitud fué abolida en México por el consentimiento libre y espontáneo del pueblo, y este es un hecho que para siempre quedará registrado en la historia, para honra de aquella raza.»

A lo anterior no resta nada que añadir, sino es que los héroes de 1810 propugnaron por la libertad de la patria, no más bien por instinto, sino por razonamiento; que un plan maduro y meditado y no un intento vago, fué el suyo.

Fruto de sagaz observación son, al par que verdades indiscutibles en su mayor parte, las concisas noticias que Pimentel da en su *Memoria*, respecto á los rasgos característicos del indio, á sus defectos y á las buenas cualidades que no deben dejar de ser tomadas en consideración cuando se trata de presentarle como un elemento, como un factor de nuestra nacionalidad. Todavía hoy, después de cuarenta años, encierran útiles enseñanzas las páginas á que venimos aludiendo y que no extrañamos porque nos haríamos difusos; todavía hoy ofrecen un interés de actualidad esas observaciones y suministran datos por extremo dignos de estudio por parte de los sociólogos y aun de aquellos que, sin serlo, encuentran provechoso el conocimiento de tales datos.

No menos importantes son las disquisiciones de Pimentel con referencia á la raza mezclada, es decir al producto de la unión de blancos é indias; ni tampoco es baladí la observación perfectamente fundada de que en la guerra de independencia no fué la raza indígena sino la mezclada,—la que nosotros hemos calificado en otro lugar¹ de genuinamente mexicana,—la que prestó más eficaz, más valioso, y más decisivo contingente.

Se deduce, sin el menor esfuerzo, de cuanto nuestro autor expone y prueba, que la raza indígena no ha obtenido, á pesar de la independencia ó autonomía de México, sino muy parcialmente la mejoría de su condición. Ni podía ser de otra manera, por absurdo que á primera vista parezca. En primer lugar, porque, como ya lo hemos visto, el germen de su degradación existía desde los tiempos pre-colombinos, y porque esos gérmenes en vez de parecerse se desarrolla-

1 *Conquistadores antiguos y modernos*, 1901.

ron durante los trescientos años del régimen colonial, á virtud de que jamás las razas superiores, al unirse á su carro vencedor á las inferiores, las han levantado de su prostración sino antes bien convertíndolas en meros instrumentos de su propia grandeza y de su poderío, por utilitarismo;—que nos es la filantropía la que ha determinado nunca las grandes conquistas. En segundo lugar, la independencia fué hecha por la raza mezclada; no fué una lucha por reivindicar los derechos de la indígena. Esta, era inmensamente superior en número, es cierto; pero no está reservado al número sino á la calidad el vencimiento. Y si hemos de ser justos, no debemos omitir una reflexión, por amarga que sea la verdad que la informa, es á saber: que ha sido menos generosa, menos humanitaria, la raza mezclada que no la blanca. Los errores de la segunda, de la conquistadora, dadas las circunstancias de época, educación y prejuicios, si no son justificables ante los principios de una moral estricta, sí tienen explicación; mientras que los de aquella aparecen más condenables, por cuanto que si no un verdadero fratricidio, sí un punible olvido del propio origen, se presenta á los ojos de los que al considerar los grandes problemas sociológicos inspíranse mejor en el sentimiento que en la irreductible condición humana que lleva á procurar, pese á quien pesare, el propio bien nada más.

Decíamos, pues, que la raza indígena quedó, á pesar de haberse emancipado México de España, casi en la misma condición que guardaba durante la Colonia. Asimismo se encontraba en 1866 cuando Pimentel publicó su libro, y en nuestros días, si bien ha alcanzado avanzar algunos pasos más, y esto en determinadas regiones de nuestra democrática República, no se puede decir en puridad de verdad que

esos pasos hayan sido gigantescos. Pimentel, con un valor civil á toda prueba, no trepidó al consignar el hecho en su *Memoria* y en algún otro trabajo suyo de aquella época, obteniendo, como dentro de poco veremos, en premio de sus bien intencionados propósitos, censuras amargas, y lo que es peor todavía, dictérios que no por esperados debieron parecerle menos desalentadores. A pesar de esto, jamás se arrepintió de haber emprendido tan laborioso estudio, ni se retractó de sus conclusiones. Como que su única mira era demostrar, evidenciar, los males que al país resultan de la situación anómala de una de las razas que lo pueblan, y proponer á seguida los remedios que él encontraba posibles para obtener la transformación que era él el primero en anhelar noble y patrióticamente.

Esos remedios, —dírelo sin vana presunción de estar en lo cierto, —ni entonces ni ahora eran todos hacederos, infalibles; no todos repito; algunos nada más, como lo ha demostrado el insigne revelador de verdades, el que no interrumpe su carrera pero que, á pesar de ser ésta incontentible, va dejando un ruego de provechosas enseñanzas, una estela de luz. El tiempo, personificado por la antigua mitología, en Saturno, anciano desnudo que devora á sus propios hijos, adusto el semblante, nervuda la compleción, asida la guadaña destructora, debía ser representado en nuestros días, —ya que priva hoy el afán de romper antiguos moldes y gastados clichés, —en un anciano, sí; pero no adusto sino bondadoso y amable; en un patriarca revestido de túnica y manto resplandecientes, ofreciendo á sus hijos y á los hijos de sus hijos el libro de la experiencia, valga decir de la sabiduría, y sosteniendo con firme brazo la antorcha inextinguible que ilumina las conciencias.

No tratamos, al expresar así nuestro pensamiento, exornar estas páginas con galas retóricas, que resultarían fuera de lugar, dada la índole de este estudio, sino, pura y sencillamente, hacer ver cómo el tiempo, maestro de los maestros, enseña que á la postre, casi siempre resultan inútiles los remedios que con fines nobilísimos han indicado los pensadores como necesarios para mejorar la condición humana observada en conjunto, ó parcialmente como en el caso presente, esto es el de la raza indígena de México.

Que debía comenzarse porque los indios aprendiesen la religión católica, *pero libre de errores y preocupaciones*, en su pureza y verdad, y que tocaba este punto al clero principalmente, á cuyo efecto los prelados debían escoger para la cura de almas á los hombres de más moralidad, de más saber y de más abnegación, es lo que en primer lugar recomienda Pimentel. ¡Hermosa, halagüeña utopía; pero ay! que por serlo es irrealizable, imaginaria como la isla desierta por Tomás Moro!

«Para que los indios aprendan de una manera perfecta la religión cristiana, es preciso comenzar por reformar el clero,» dice Pimentel, y funda su proposición. Como encierra todavía una verdad que nos atreveríamos á llamar de palpitante actualidad, el medio propuesto, lo recomendamos á la atenta consideración del aludido clero, á pesar de que comprendemos los obstáculos que hacen difícilísima esa reforma.

Muertos aquellos santos varones que en el primer tercio del siglo XVI formaron el glorioso apostolado que encabezara Fray Martín Valencia, grado á grado fué extinguiéndose en el corazón de los que tras ellos vinieron, el sagrado fuego de la caridad cristiana.

Virtuosos prelados y sacerdotes de menor categoría, virtuosos también, ha habido y aun existen,—lo confesamos de buen grado;—pero pasaron ya los tiempos y acaso para no volver, de la abnegación sin límites, del amor ardentísimo á los desheredados de poder y de fortuna; ya, para una inmensa mayoría la carrera sacerdotal es un medio de su subsistencia, por no decir una ocupación lucrativa. El utilitarismo, está en la sangre, en el aire que se respira; substraerse al influjo del tiempo y del medio, á muy pocos es dado; desoir los gritos del egoísmo que, con imperio que sugestiona, ordena asegurar ante todo y sobre todo el propio bienestar, la conveniencia personal, sólo puede caber en seres excepcionales, en grandes, en verdaderos y sublimes héroes, y no estamos en la edad heroica ni en los tiempos primitivos de nuestra nacionalidad, sea esto dicho, sin ánimo de deturpar á gremio ó agrupación ninguna. Ni la fe, ni la virtud, ni la bondad, pensamos que hayan huido de la tierra mexicana; mas no por eso nos hacemos la ilusión de creer que exista y pueda ser reclutada la numerosísima falange de curas de almas sabios, abnegados, que sería necesaria para enseñar á los indios la religión católica libre de errores y preocupaciones, en su pureza y verdad, como lo propuso Pimentel; entre otras razones, por esta que desgraciadamente nos parece incontestable: porque el día que la raza indígena dejara de ser supersticiosa, los curas de almas verían no mermados sus emolumentos, sino extinguida por completo la fuente principal de sus recursos.

No es, pues, el clero el llamado á modificar la condición del indio, ni,—dado el espíritu y el texto de nuestras leyes actuales,—tiene aplicación el medio propuesto en días en que sufrieron un eclipse las instituciones que nos rigen. Si hemos presentado las

breves objeciones que acaban de verse, es porque nos hemos propuesto examinar y discutir la *Memoria* de Pimentel, por su importancia como documento que habrá de ser consultado más de una vez por los publicistas que en nuestros problemas sociológicos se interesan, y que han menester conocer el pasado y no nada más el presente. Por muchas razones, creemos que no cabe en este estudio cuanto puede y debe decirse sobre la materia, y por lo mismo nos limitaremos á hacer constar que en nuestro sentir, sería la educación laica la que, más eficazmente que la clerical, contribuiría á la transformación de la raza indígena, ó sea á mejorar su condición actual. Y decimos *sería* y *contribuiría*, porque con lealtad debemos confesar que nos hacemos pocas ilusiones á este respecto. Las hondas raíces que en el transcurso de varios siglos han echado los errores cometidos desde que la raza blanca asumió sobre la indígena el papel de directora, acaso no podrán ser destruidas ni á costa de inmensos gastos y de esfuerzos poderosísimos. Tal vez sea ya tarde para intentar otro remedio que no sea el de facilitar el cruzamiento, fruto del cual será la sustitución de una raza por otra; sustitución que está más avanzada de lo que pudiera creerse. Pimentel mismo lo presentía desde hace cuarenta años, y no lo ocultó, por cierto, sino que con clarividente espíritu, al llegar á la final de sus conclusiones, á la más importante, dijo: «Después de palpar todas estas dificultades é inconvenientes, en manera alguna exageradas, parece que debe sobrecogernos el desaliento, y que el resultado de nuestras observaciones nos conduce naturalmente á esta terrible disyuntiva como único y definitivo remedio: ¡matar ó morir! Idea horrible que nos hace palidecer de espanto; pensamiento inhumano. ¿Será preciso que degollemos á los in-

dios, como lo han hecho los norteamericanos? Afortunadamente hay un medio con el cual no se destruye una raza sino que sólo se modifica, y ese medio es la *transformación*. Para conseguir la transformación de los indios lo lograremos con la *inmigración europea*, cosa que también tiene dificultades que vencer; pero infinitamente menores que la civilización de la raza indígena.»

Reveladoras de las dotes de profundo y sagaz observador son las páginas en que Pimentel expone las cualidades buenas y malas de los mexicanos de raza mezclada, de las cuales deduce que los defectos de ésta son de naturaleza diferente á los de la indígena pura, y por ende más fáciles de corregir. Toma, al efecto, un ejemplo de la medicina y dice: «Es más fácil curar al hombre dotado de un exceso de robustez, que volver á la vida un cuerpo exánime, debilitado después de larguísimas privaciones y trabajos. El mestizo puede corregirse con sólo que se le modere por medio de una saludable disciplina; pero, ¿dónde encontraremos un tónico bastante activo para elevar al indio á la vida civilizada?»

Y como eran altas las miras del autor de la *Memoria*, y como la franqueza y la sinceridad eran en él características, previene la objeción que podría aducirse, de que la *transformación* de la raza indígena es un remedio para el país en lo general, pero no para el indio en particular, diciendo que por modo alguno debe considerarse á una raza absoluta sino relativamente, es decir, no como aislada sino como parte de una nación, y en consecuencia, ligados sus intereses á los del país á que pertenece: «*El querer remediar á los indios tiene por objeto evitar los males que su situación ocasiona á México.*»

Si no estamos en un error, peca de lacónico Pimentel cuando trata de la posibilidad de mezclar los indios con los blancos. Limitase á indicar la facilidad que hay para lograrlo, citando al efecto el Estado de Durango en donde, según las noticias estadísticas de D. Fernando Ramírez no existía ya en aquella época ni un indio, y preguntando, por último, de dónde habían venido los cuatro millones de mestizos que en esa misma época existían en el país, si no era de la unión de los europeos con los indios.

Pudo muy bien Pimentel, afirmar, comprobándolo con hechos indiscutibles, que una observación atenta ha acumulado y que á él no se le ocultaban, que la transformación era factible y fácil, toda vez que el indio no es hostil ni refractario á la fusión. Las estadísticas criminales lo comprueban: en las causas que se instruyen por violación, por raptor y por adulterio, y en las que tienen por objeto esclarecer y castigar los crímenes de homicidio, no entran por mucho los celos ni el odio del indio, nacidos de las relaciones de sus mujeres, de sus hermanas ó de sus hijas con individuos de la raza blanca ó siquier sea de la mestiza. Diríase que por modo inconsciente ha llegado el indio mismo á comprender que en esas uniones, ilícitas las más de las veces, estriba el mejoramiento de su raza, y olvida ó perdona, ó aparenta ignorar en quién podía ejercitar su justa saña, en aras de un bien positivo, cual es el de que su sangre no se extinga sino que se mezcle, ó lo que es lo mismo, que sus pósteros dejen de ser parias ó ilotas; que, por el contrario, compartan con la raza vencedora el dominio y la posesión de la tierra. Esto, por lo que toca á los hombres. Las mujeres, por su parte nunca han opuesto ni á raíz de la conquista, sino aparente y pasajeramente,

resistencia á los avances de la raza blanca, á sus atrevimientos.

Es más todavía. Desde la Malitzin que tanto amó á Cortés y que tan poderosamente contribuyó en su calidad de intérprete, á la Conquista, hasta la más ruda de las indígenas de nuestros días, no hay una que no tenga á gala, que no se muestre orgullosa y satisfecha—en cuanto lo consienten su poca vivacidad y su temperamento—de cualquiera *basion*, por pasajera ó ilegal que sea, con un individuo de la raza blanca ó de la mestiza. La india no se avergüenza nunca de haberse entregado á un blanco, ni oculta el fruto de su contacto con él, ni aborrece al nuevo ser que con el color de su tez denuncia la debilidad cometida.

¿No quiere decir lo que someramente apuntamos, que existe en esa raza la conciencia de que lejos de perjudicarle, favorece ó beneficia su transformación?

El hecho que los espíritus menos observadores deben con frecuencia haber connotado, de que el indio, tan pronto como se eleva, poco que sea, al ilustrarse y al cambiar el traje de sus mayores por el de la raza imperante, apártase de la suya más ó menos rápidamente hasta llegar á desdenarla, á sentir mortificación de la compañía de sus padres y hermanos, á los cuales ve ya como inferiores, ¿no proclama con elocuencia que una evolución se está verificando, lenta, paulatinamente, pero sin detenerse en su curso?

Y no se necesita, para hacer estas deducciones, despreciar y denigrar á la raza indígena, pues que en ella se cumple una ley que es común á todas las regiones del globo, que está en la naturaleza misma: la de la selección de las especies, en virtud de la cual, quiera el hombre ó no, camina á su modificación y perfeccionamiento; como los animales por el

cruzamiento, como los vegetales por el ingerto si de obtener mejores frutos se trata, y por la hibridación si de las flores.¹

No existen razas puras en su más lata expresión, en los países civilizados, y las naciones preponderantes, las naciones vencedoras por la guerra ó por el comercio, derraman, trasfunden su sangre mezclada y á su vez mezclan la extraña, en la no interrumpida lucha que constituye la existencia de la humanidad.

Entre los ejemplos que acontecimientos modernísimos nos suministran para probar que precisamente las razas mezcladas son las más viriles, las que dan muestras más patentes de poseer las cualidades que la lucha por la existencia exige, citemos las dos últimas guerras que han llamado la atención del mundo: la de la independencia de Cuba y la angloboera. ¿Fueron por ventura autóctonos los que lograron emancipar á Cuba del dominio español? ¿Lo fueron esos heroes de imponderable brío y sin par constancia que en Sud Africa pusieron á prueba la tenaci-

¹ Considerada la cuestión desde el punto de vista de la belleza, se observa que el cruzamiento de las razas produce efectos beneficiosos. La mujer mexicana, de tez ligeramente morena más bien que blanca, de ojos fulgurantes y expresivos, de talle cimbrador y de pie diminuto, si envejecerse no puede como antaño sucedía á virtud de las preocupaciones de la época colonial, de ser de sangre pura española, en cambio seduce por la gracia genuinamente criolla, por algo que no es europeo ni indio tampoco.

Y ¿qué no podrá decirse de las opulentas formas, de la provocadora hermosura de las *cuarteronas* que existen aquí, si bien no se cuentan á millares, por que en México la raza negra no ha dado un contingente apreciable, contrariamente á lo que Bunge afirma en su último libro: *Nuestra América?*

La mujer de raza mexicana trae acaso con su presencia el recuerdo de los aborígenes? Al recrearse en los encantos de las *cuarteronas*, ¿se piensa que entre sus no muy remotos ascendientes se contaron individuos de la raza mongólica, y se teme una reversión, rarísima es cierto, pero no del todo imposible?

dad británica, contrarrestando sus poderosísimos elementos hasta caer, aplastados pero en realidad no vencidos?

Reconózcase entonces, que es una condición de vida, de grandeza, de virtudes cívicas, el perfeccionamiento por la modificación de las razas, y se confesará aun por los más rehacios, que no es injusto, que no es inhumano pedir que México enderece todos sus esfuerzos á la obra magna pero no irrealizable de fundir en una sola las razas que hoy lo pueblan, con el fin, como dijo Pimentel en 1864, de que «el nombre de *raza* desaparezca de entre nosotros, no sólo de derecho sino de *hecho*, para que en el país no haya más que unas mismas costumbres é iguales intereses,» bien supremo que sólo puede alcanzarse por medio de la inmigración.

Nos conduciría muy lejos la comprobación de la tesis que nos concretamos á apuntar, y nos apartaría del plan que nos trazamos al comenzar este estudio preliminar. Que quede por lo mismo reservado á los que á la sociología consagran sus luces y conocimientos, la dilucidación de esta materia; pero no sin antes haber nosotros hecho observar á los que sinceramente creen que aun es tiempo de elevar á altísimo puesto á la raza indígena pura, que los dos nombres de indios ilustres entre los más ilustres hijos de la República: Juárez y Altamirano, no bastan, como muchos opinan, para probar de un modo inconcuso, que, por medio de la ilustración y aun sin transformar á la raza se puede alcanzar el anhelado fin de que el indio sea un elemento de progreso y una rémora insuperable para alcanzarlo.

Recuérdese que ni la Independencia, ni la Reforma, ni el triunfo de la República sobre la invasión francesa, ni mucho menos la era de bienestar, de

trabajo, de verdadera regeneración social á que por dicha nos ha tocado asistir, no se deben sino á la raza mestiza, y recuérdese también, que aun esos dos ilustres indios puros, poco ha citados, consagraron sus inquebrantables energías, sus excepcionales dotes, no ya decimos á procurar el predominio de su raza, sino ni aun á su mejoramiento exclusivo. Juárez y Altamirano, como Jefe Supremo del país el primero y como maestro de la juventud el segundo y promovedor del renacimiento literario, pusieron al servicio de la Nación, no de una clase ó raza determinada. Hombres superiores ambos, é hijos legítimos de la civilización europea, por ésta propugnaron para honra suya y gloria de la patria mexicana. Es más, todavía, creo sinceramente que en Juárez y Altamirano debe mirarse algo así como los postreros resplandores de una luz que va á extinguirse, que son los más fulgidos, pero que anuncian la proximidad de la eterna sombra.

Llaman, en buen hora, digresión impertinente, esto que acabamos de exponer, los que no están acostumbrados á ver estudiar siempre y con cualquier motivo los problemas que afectan á la vida de las sociedades, y perentoriamente los de aquella á que cada escritor pertenece. Nosotros, en presencia de una producción que no ha perdido el interés de actualidad, y su pristina importancia, no pudimos resignarnos á pasar, por decirlo así, una simple revista á las ideas que informan esa producción, sino que, compenetrando las elevadas miras del autor, nos atrevimos á agregar al acervo de sus observaciones, el humilde, pero sano contingente de nuestras ideas, que no por no ser ni brillantes ni del todo originales, dejarán de contribuir al esclarecimiento de la verdad.

Pedía Pimentel, que la esclavitud fuese extirpada

completamente, grado á grado, *sin conmovier á los propietarios*, y acusaba á los gobiernos de haberse hecho cómplices tolerando la servidumbre. En nuestra época, si bien existen todavía en varias regiones de la República prácticas abusivas que hacen que el indio se asemeje al esclavo, hay que declarar para honra de México, que esas prácticas no solamente son penadas por la ley, tan pronto como las víctimas hacen valer ante la autoridad sus derechos, sino que abomina la sociedad á los que por falta de sentimientos humanitarios y por sobra de avaricia explotan al indio y para explotarlo le hunden en la abyección. Como un estigma pesa sobre los que violan la ley y menosprecian el sentimiento de la mayoría, el oprobioso calificativo de negreros.

El sistema de comunidad y de aislamiento no existe. Si el indio no entra de lleno á la vida social, no es porque ley alguna se lo vede, sino por propia voluntad, por su irreductible apego á los hábitos que contrajo su raza en largos siglos de servidumbre.

Respecto á las leyes sobre propiedad, han cambiado éstas, tan radicalmente, desde la restauración republicana á la fecha, que sería ocioso discutir los procedimientos que el autor indicaba en ya lejanos días. Dentro de la actual legislación, cuyos resultados prácticos han sido generalmente benéficos, no cabrían los principios que el autor profesaba.

Como quiera que sea, si hemos analizado detenida y aun minuciosamente la *Memoria* de Pimentel, desconocida ú olvidada sin razón ni justicia en nuestros días, es porque pertenece á la categoría de las obras que hacen pensar, que pueden ser discutidas, pero que en el último resultado aparecen como uno de los productos más selectos de una literatura. En la épo-

ca en que apareció el libro no fué objeto de concienzudo examen; apenas si se le dedicaron ligeros artículos de periódico, para aplaudirlo unos cuantos partidarios y para censurarlo con acrimonia sus enemigos. Ni podía suceder otra cosa. Las ideas liberales del autor, no decimos republicanas, entiéndase bien, pugnaban con las de la mayoría de los primeros; la adhesión del mismo autor al gobierno en la metrópoli establecido, le concitaban la aversión de los segundos; que el espíritu de partido hace á los hombres inconcebiblemente injustos, como profundo pensador lo dijo tiempo há. De más de esto, desmoronábase á la sazón el Imperio al empuje de los defensores de la República (1866) y ni estos ni sus enemigos tenían la tranquilidad de ánimo que se necesita para las especulaciones meramente filosóficas y literarias.

Véamos ahora cuál fué la tercera obra de Pimentel y lo que ella significa en nuestra literatura científica.

Es, como la de que acabamos de tratar, una monografía y no un tratado de la magnitud del que consagró á la filología mexicana; pero sí corta en extensión, nutrida en cambio de doctrina, de observación y de patrióticas aspiraciones. Intitúlase: *La Economía Política aplicada á la propiedad territorial en México*.

Centenares de definiciones se han dado respecto de la ciencia económica y sería poco menos que imposible adoptar por precisa y verdadera una de ellas. Sucede cuando de esa adopción se trata, que el que lo pretende encuentra que un mismo autor ó tratadista ofrece diversas fórmulas, y se acaba á la postre por declarar que ni aun resumiendo en una las de varios economistas, se lograría la anhelada. Preciso es, pues, seguir á Say cuando dice que la Econo-

mía política es la ciencia que demuestra cómo se forma, se distribuye y se consume la riqueza; á Bastiat, que la llama toda de observación y de exposición, y á Paignon que la califica de arte de enriquecerse por el orden en el trabajo. Dedúcese de estas tres doctrinas, sin el menor esfuerzo, que quien al estudio de la Economía Política se consagra—si quiere que ese estudio redunde en bien de su patria—debe colocar en primer término la observación de las necesidades propias de su país, para después exponerlas, y por último debe empeñarse en encauzar las corrientes de la opinión pública y la de los gobernantes hacia el enriquecimiento de su patria por medio del orden en el trabajo; en el trabajo sin el cual la riqueza es imposible y por lo tanto sería ocioso pensar en su distribución.

Pero como no hay principios absolutos ni existen hombres infalibles, las teorías económicas están sujetas á sufrir modificaciones según sean las circunstancias del medio y del tiempo en que se pretenda implantarlas. Así como en la terapéutica no pueden emplearse sin peligro ciertas sustancias con la misma dosificación para cualquier organismo humano y en todo clima y latitud, así también cuando se trata de modificar las condiciones de un organismo social, empleando los métodos usados en donde concurren diversas condiciones, ha menester el economista ponderar lo que la ciencia en sus abstracciones señala como lo mejor y más provechoso. Se tiene que ser ecléctico, es decir, tomar tras maduro examen, lo bueno, aprovecharlo y desechar lo inadecuado, por entendidos y sabios que hayan sido los que proclamaron como verdades absolutas y de universal aplicación ciertas observaciones ó preceptos. Y así y no de otro modo debe ser, porque si el objeto ó idea fun-

damental de la ciencia económica es la salud, digámoslo así, de las sociedades, no se debe echar en olvido que no todos los organismos son idénticos, que las instituciones de un país lo diversifican de otros, y por lo tanto, que no sean aplicadas por igual las leyes deducidas de ajenas necesidades, de muy opuestos intereses. No importa que esas leyes en su lugar y época hubiesen producido los resultados que se buscan en otro país y en otros días.

Nos condujo á reflexionar lo que acabamos de exponer, la lectura del libro de Pimentel, que es objeto de esta parte de nuestro estudio. Desde luego comprendimos que varias de las que eran flamantes doctrinas por todos los hombres de valer acatadas cuando él escribió (1866), no son ya ni discutidas; que la moderna legislación mexicana ha satisfecho no pocas de las necesidades cuyo remedio pedía Pimentel; que no serían hoy factibles, en pleno régimen constitucional algunas de las providencias que reclamaba el gobierno de Maximiliano, y por último, que, por esas mismas razones, no conduciría á un fin práctico la exposición detenida de las ideas económicas de Pimentel en 1866, y menos aún la discusión de los principios por él sustentados. Pero con esto y con todo, no vacilamos en asegurar que la obra que nos ocupa, al igual de la *Memoria* sobre la raza indígena, es un documento que deben conocer los especialistas en Economía Política, por cuanto que ministra datos históricos, observaciones sagaces, útiles siempre, y principios morales que no deben morir, sobre la apropiación legítima del terreno y sobre la justicia con que poseen los propietarios en México; respecto á la subdivisión de las tierras, á los diversos métodos empleados en su cultivo, á lo que entonces eran los jornaleros, á la colonización que tantas veces y con tanto

ardor preconizara Pimentel como el primero y principal de los remedios para los males públicos; sobre la creación de bancos agrícolas en aquella época desconocidos en México, y por último, sobre las contribuciones que á juicio del autor debían pagar las fincas rústicas.

Claro es que, después de treinta y siete años de escrito el libro de Pimentel, aparecerá ante los discípulos de las modernas escuelas económicas plagado de añejas é inaplicables teorías, si no se detienen á considerarlo como expresión de determinado momento histórico, para reconocer en el autor, como es de justicia, no solamente instrucción sólida, sino elevados propósitos. Con efecto, ¿quién podrá negar que fué meritorio en alto grado el ardoroso empeño con que Pimentel pedía la abolición de las aduanas interiores, rémora de todo progreso, fuente de irritantes abusos? Varias décadas pasaron antes de que ese odioso sistema tributario desapareciera, ayer podríamos decir, merced á la ilustrada y enérgica gestión administrativa de uno de los hacendistas más hábiles que México haya tenido; y vive, por consiguiente, la generación á que tocó asistir á la definitiva clausura de las aduanas interiores. Si no se ha otorgado á la ley que suprimió las alcabalas el ardoroso aplauso, la aprobación entusiástica á que es acreedora, es acaso porque los pueblos aun tratándose de lo que más los beneficia, suelen ser ingratos y olvidadizos; porque sucede que una vez que la luz del sol resplandece nadie se acuerda de las nubes que la ocultaran y que desaparecieron al poderoso impulso de una fuerza que muy pocos bendicen. Pero cuando se establece un paralelo entre el presente y lo pasado; cuando vienen á la memoria aquellas antiguas prácticas que para el rico era una rémora y para las cla-

ses pobres una calamidad abrumadora; cuando se estudia el tipo del antiguo garitero que mermaba en provecho propio y no de la hacienda pública las miserables utilidades del infeliz indígena, explotaba su ignorancia y abusaba cruelmente de su pasividad, de su resignación, entonces se ve que toda alabanza es poca para una ley que, sin hipérbole, podría ser calificada de redentora. Los publicistas que como el ilustre zacatecano Don Luis de la Rosa, tan oportunamente citado por Pimentel como autoridad en apoyo de su tesis contra las aduanas interiores, y éste y cuantos abrieron los surcos y depositaron la semilla que vino á fructificar en las postrimerías del siglo anterior, son acreedores á la gratitud nacional como lo es en mayor grado, aún el estadista que puso término para siempre á la exacción alcabalera.¹

He ahí por qué llamamos la atención de los futuros lectores de las OBRAS COMPLETAS DE DON FRANCISCO PIMENTEL hacia su libro sobre *La Economía Política aplicada á la propiedad territorial en México*, libro en que puso de resalto sus liberales ideas, sin otra aspiración ni otro fin que trabajar por el bien de sus conciudadanos, poniendo á su servicio su inteligencia y su saber.

Y para que se vea que no era un declamador de aquellos que cuando llega la ocasión de probar con hechos lo arraigado de sus convicciones resultan socialistas teóricos, benefactores nada más que con su pluma, vamos á dejar consignado aquí un documento inédito hasta hoy, porque la modestia en Pimentel ingénita le vedó publicarlo.

¹ Como un homenaje merecido y desinteresado, colocamos en esta nota el nombre del Sr. Lic. D. José I. Limantour, que, como Ministro de Hacienda fué quien extinguió las aduanas interiores, cuyo reinado secular parecía llamado á perdurar por siempre.

Preconizó Pimentel las ventajas de un sistema mixto en la subdivisión del terreno, en el capítulo III de la obra de que ahora tratamos, disertando, como sabía hacerlo, no sólo acerca de esas ventajas, sino de los inconvenientes de los opuestos sistemas hasta aquella época empleados en otras naciones; habló de su aplicación á México, señaló las causas que impedían el fraccionamiento de la propiedad territorial, en su concepto; refutó los medios que otros habían propuesto y expuso los que conforme á la moral y á la Economía Política encontraba él convenientes. «Suplicamos, pues, decía modestamente, en nombre de la ciencia, de la verdad y del derecho, que se adopten medios justos y factibles, medios indirectos como los que aconseja la Economía Política. Lo repetimos por última vez: los hombres, después de ensayar diferentes sistemas de administración pública, después de tiranizar y oprimir á los pueblos, después de sofocar la producción y de arruinar á los que trabajan, han venido á convencerse de que el mejor gobierno es el que *gobierna poco*, el que se limita á impedir el mal y deja al interés individual procurarse el bien, no oponiendo estorbos ningunos.»

A continuación proponía diversos medios, que no discutimos ahora por las razones más arriba expuestas, pero siempre predicando que era necesario, que era útil el fraccionamiento de los terrenos, es decir, la subdivisión de las grandes propiedades. Pues bien, era Pimentel terrateniente en grande escala en el Estado de Zacatecas, y fué él mismo, y en su propia heredad en donde quiso demostrar lo factible y útil de sus doctrinas. como lo prueba el siguiente documento cuyo autógrafo tengo á la vista. Dice así: «Gobierno político del Partido de Nieves.—La Asamblea Municipal de este Mineral, tie-

ne la satisfacción de dar á Vd. un voto de gracias por la donación de terrenos que se ha servido hacer á esta Municipalidad.—La misma Corporación aprecia en todo su valor el desinterés y humanitarios sentimientos que de su parte se han manifestado, y tiene la honra, al rendir á Vd. este justo homenaje, de ser la fiel intérprete de un Pueblo que recordará siempre con gratitud el nombre de quien tan bondadosamente hace, por su bienestar, el sacrificio de sus propios intereses.—Con este motivo, protesto á Vd. la más alta consideración.—Independencia y Libertad, Nieves, Enero 8 de 1868.—*Francisco Tinoco*.—*Rafael García*, secretario.—*Sr. D. Francisco Pimentel*.—Presente.»

Así fué como correspondió Pimentel con una donación generosa, á las diatribas de que fué objeto por las ideas que proclamara en sus dos libros.—la *Memoria* sobre la raza indígena, y la *Economía Política* aplicada á la propiedad territorial—así como en un proyecto de colonización de que fué autor, y en diversos artículos publicados por él en la prensa periódica; y así fué también como pagó la destrucción de sus propiedades decretada en castigo de su adhesión á Maximiliano.

Todavía recordamos el romance satírico, intitulado «Cencerrada á D. Francisco Pimentel con motivo de la descripción que hizo de la raza mexicana en su famoso proyecto de colonización,» en el que se le atribuyeron calumniosamente ideas que no profesaba, y recordamos la caricatura debida al lápiz de Constantino Escalante, en la que Pimentel aparecía sentado en un pupitre que descansaba sobre el sol y la luna, presentando una grotesca imagen de un individuo producto de la mezcla de las razas. Mas nada de esto debe maravillarnos: la pasión de partido

inconcebiblemente injusta, lo dijimos ya y ahora lo repetimos, y á ella, nada más que á ella deben achacarse las intencionalmente erróneas acusaciones de que fué víctima Pimentel por parte de la prensa, con motivo de sus bien intencionados escritos. No fueron, sin embargo, sólo ataques y diatribas los que Pimentel cosechó en aquella época. En *La Sociedad*, uno de los mejores periódicos que en México se han publicado, encuéntrase una larga y razonada defensa de la *Economía Política*, de la cual defensa fué autor el respetable y muy ilustrado D. José María de Basso. De buen grado citaríamos aquí varios de sus principales pasajes, si no creyéramos que, mutilar esa carta sería en verdadero delito.¹

Una vez consumada la restauración republicana en 1867, retiróse Pimentel á la vida privada, firmemente decidido á no volver á ingerirse por manera alguna en la política. Dió tregua á sus tareas literarias y se dedicó á reconstruir, valga decirlo así, su fortuna, atendiendo personalmente al cuidado de sus propiedades que estuvieron poco menos que abandonadas durante largo tiempo. La tregua fué bien corta. Vuelto que hubo de Zacatecas en los primeros meses de 1868, encontró amortiguados los odios políticos é iniciado por Altamirano el renacimiento literario; novedades faustas para él que nunca amó la lucha de los partidos sino la dulce, la tranquila vida del hombre de letras, ya que por los favores de la suerte le fueron siempre desconocidas las penas y las amarguras de que está sembrada la existencia del escritor desheredado.

Como no había nacido cortesano, y como durante

¹ *La Sociedad*. Véase el número correspondiente al 17 de Septiembre de 1866.

el efímero imperio había comprendido que no eran para él fuente de bienestar las intrigas palaciegas, no tuvo que echar de menos, ni con dolor, las distinciones y los honores que con el trono habían para él desaparecido. Veía, por el contrario, que en su voluntario retiro, le brindaba el estudio sus inefables goces, y que allí, mejor que en elevado puesto, podía ser útil á su patria, sin otra ambición y sin otro anhelo, que el de poner al servicio de ella, los conocimientos que había atesorado ya y los que se proponía adquirir con la consagración tenaz que en todo ponía. No se equivocaba, en verdad, al pensar así; pero no estaba en lo cierto al creer que, en la soledad de su gabinete de estudio, poco menos que olvidado, había de pasar gratamente los días. La ciencia y la literatura son dos magas que, cuando se apoderan del que una vez se doblega ante sus encantos, le envuelven en redes de las que, aunque sutiles, nadie puede evadirse; y una vez aprisionado su amador, le conducen á donde ellas quieren y le hacen quebrantar los mejor meditados propósitos. Los lazos que unen al sabio ó al literato á esas dos magas, la muerte, nada más que la muerte, es capaz de romperlos; pero mientras ésta no llega, ellos permanecen sujetos á ajena voluntad.

Pimentel que de tiempo atrás venía preocupándose con la idea de que estaban todavía por escribir la biografía y la crítica de los principales autores mexicanos desde el siglo XVI hasta la época contemporánea, emprendió la tarea,—que fué más tarde ampliada hasta formar la extensa obra: *Historia Crítica de la poesía en México*, de la que hablaremos en su lugar,—y no solamente emprendió la tarea sino que dió principio á su publicación, en el folletín de *La Constitución Social*. Ya en ese mismo año, D. Pedro

Santacilia en la monografía que publicó en ese mismo año de 1868, pudo hacer mención del primer capítulo de la obra de Pimentel que es el consagrado á Sor Juana Inés de la Cruz. «Poco se cultivaba entre nosotros desgraciadamente ese género de literatura, y esperamos por lo mismo,—decía el Sr. Santacilia,—que alcanzarán una favorable acogida los estudios crítico-literarios del Sr. Pimentel.»

Por aquellos mismos días, Altamirano que, como lo hemos repetido para honra suya en distintos escritos nuestros, trabajaba con ardor para lograr ver realizado el más hermoso de sus sueños: el renacimiento literario por medio de la unión franca é íntima de todos los escritores, sin distinción de ideas políticas ni religiosas, Altamirano, decimos, inició relaciones amistosas con Pimentel, dirigiéndole una carta en la que no sabe uno que admirar más, si la modestia rayana en humildad del ilustre suriano, popular como pocos á la sazón, admirado por sus dotes oratorias y la galanura de sus producciones literarias, ó el homenaje rendido por él al que buscaba la sombra y el retiro por que se contaba, sin razón en realidad, entre los vencidos de la víspera. «Yo no tengo,—decía Altamirano á Pimentel en su carta fechada el 3 de Septiembre de 1868,—la honra de haber sido presentado á usted, ni aún de conocerle personalmente; pero estudioso de sus obras, soy el primero de sus admiradores y veo en usted uno de los ornamentos de mi Patria. Al mismo tiempo, me es conocida la benevolencia con que acoge usted los trabajos literarios más humildes y que más necesitan de la indulgencia de los sabios. Por esta razón tengo el atrevimiento de enviar á usted dos pequeñas publicaciones que he hecho y que, careciendo de todo interés, sólo le dedico para que usted vea en

ellas una prenda segura de mi respetuoso afecto y una muestra de mi sincera admiración por sus altas virtudes sociales.»

Empleando una frase hecha, podemos decir que el hielo estaba roto. No ya Pimentel en cuyo corazón no tenían asiento odios ni rencores, el sectario más empedernido habría visto en la noble carta del gran suriano un llamamiento á que debía acudir solícito y reconocido. Así sucedió. Por eso, cuando en 1869 el mismo Altamirano en compañía de D. Gonzalo A. Esteva, el actual Ministro de México en Roma, fundó el hermoso semanario de literatura intitulado acertadamente *El Renacimiento*, Pimentel fué uno de los principales colaboradores efectivos de esa publicación que marca en la historia de las letras mexicanas una nueva etapa, y que es irrefutable documento que comprueba las nobles aspiraciones de sus fundadores, de agrupar á la familia literaria, hasta entonces dispersa por la divergencia de las ideas políticas de sus miembros. Basta leer la lista de los redactores y colaboradores de *El Renacimiento*, para cerciorarse de que eran el saber y el talento solicitados con generoso empeño, sin exclusiones odiosas, sin preferencias irritantes, sin atender á la edad ni á las creencias de ninguno; sin atribuirse Altamirano, que era el director principal de la publicación, facultades dictatoriales, ni mucho menos asumir magistral y dogmática preponderancia.

Hemos dicho que Pimentel fué un colaborador efectivo de *El Renacimiento*, porque suele suceder entre nosotros, que los poetas y escritores acepten y aun soliciten figurar en esas largas listas de nombres más ó menos conocidos que figuran al frente de ciertos periódicos y revistas literarias—listas que Orozco y Berra llamaba donosamente de *personal ad terrorem*—

y que al hacerse el cómputo final se vea que en su mayoría esos poetas y esos escritores pagaron únicamente la contribución de su nombre. Regístrense las páginas de los dos tomos de *El Renacimiento*, y se encontrarán en ellas estudios literarios y filológicos de Pimentel.

Una vez que éste salió del aislamiento en que pensara vivir, su labor intelectual fué interrumpida. Día á día fué acumulando datos y aun escribiendo capítulos enteros de su *Historia de la literatura mexicana*; prosiguió sus difícilísimos trabajos lingüísticos, corrigiéndolos, aumentándolos y dando por último, feliz remate á la obra.

Un poco más tarde, la Sociedad de Geografía y Estadística, á la que desde 1861 pertenecía como miembro honorario, primero, y de número después, y de la que fué excluido por haber aceptado cargos y honores del derruido Imperio, le llamó de nuevo á su seno «en atención á los servicios tan notorios que siempre había prestado á la Sociedad,» el 17 de Febrero de 1870, á moción de Don Ignacio Ramírez, de Don Manuel Payno, Don Alfredo Chavero, Don Antonio García Cubas y otros miembros prominentes de la Corporación. La Academia de Ciencias y Literatura, creada por el Gobierno republicano, también le llamó por unanimidad á su seno, el 20 de Noviembre de 1871, á propuesta de los académicos Don Manuel Orozco y Berra, Don Lauro Jiménez y Don Manuel Peredo.

A *El Renacimiento*, cuya duración no fué muy larga, como no lo ha sido nunca en México la de las revistas literarias, siguió en el mismo año de 1871 *El Domingo*, que á su vez contó á Pimentel entre sus más activos colaboradores desde luego, conti-

nuando en él la serie de estudios que *El Renacimiento* comenzó á insertar. «Hemos creído—dijo *El Domingo*—prestar un servicio á la literatura nacional continuando la publicación de tan notables estudios, modelo de crítica inteligente y concienzuda, para lo cual contamos ya con los apreciables manuscritos que el ilustrado escritor ha tenido la amabilidad de proporcionarnos.»

En Mayo de 1872 el «Liceo Hidalgo,» que era la primera corporación literaria de la Capital de la República y que estaba á la sazón presidida por Don Ignacio Ramírez, inscribió á Pimentel en el registro de sus socios.

Al llegar aquí, séanos permitido dar alguna extensión á nuestras noticias. Lo que significó la presencia de Pimentel en el Liceo Hidalgo, no cabe en los estrechos límites en que quisiéramos encerrarnos para no aparecer difusos. Los trabajos de esa sociedad revistieron en aquella época importancia grandísima para el desenvolvimiento intelectual en nuestro país, y se diferenciaron por tal manera de los antiguos hábitos, al crear, por decirlo así, otros nuevos, que bien merecen unas páginas que perpetúen su recuerdo, ya que nuestra genial incuria y el mal aconsejado propósito de romper con el pasado, parecen querer que se desvanezca y borre para siempre. Se ha hecho alusión más de una vez, es cierto, á la vida llena de entusiasmo y brío que animó al Liceo; pero se ha hecho de manera tan concisa y rápida, que pudiera con el correr del tiempo creerse que aquél fué un meteoro luminoso que pasó por el espacio sin dejar un átomo siquiera que lo traiga á la memoria.

La filiación del Liceo la encontramos informada

en las publicaciones, en los discursos y aun en las más sencillas conversaciones de Altamirano: hacer de la familia literaria una agrupación compacta que siguiera las inspiraciones del Arte, que amara lo bello, que desentrañara la verdad, con libertad entera pero dentro de las eternas leyes de la estética, que se comunicara sus ideas que por divergentes que fuesen no destruyeran la solidaridad, que fraternizaran sus miembros, que fuera aquella una comunión en el altar de las letras y para el auge de éstas nada más. Y todo eso era factible, puesto que ante todo y sobre todo se colocaba el respeto á las opiniones ajenas, y no fué un espejismo de espíritus alucinados ni sueño de imaginaciones ardientes, puesto que durante algunos años reunióse el Liceo semanariamente para oír lecturas amenas ó instructivas, para discutir las, para aplaudir lo que de aplausos era merecedor y para apuntar cortesmente las que parecían ó eran en realidad transgresiones de lo bello y de lo verdadero.

Formaban parte de la corporación así las personalidades más conspicuas, ungidas ya por la fama pública y conocidas aun fuera de la patria, como la juventud que hacía sus primeros ensayos y que ansiaba escuchar á los que reputaba sus maestros.

En esas hermosas lides de la inteligencia y del saber, Ramírez (D. Ignacio) y Pimentel, fueron los campeones más esforzados, y casi siempre estuvieron en contradicción. No cabe decir que militaban en enemigos campos, porque el Liceo no estaba dividido en grupos ni en banderías, y unía á todos los miembros de la asociación literaria, como acabamos de apuntar, el amor á lo bello, la vocación artística; así, cualesquiera que fuesen sus íntimas predilecciones, no pretendían por modo alguno imponerlas ó hacer-

las triunfar agrupándose y obedeciendo á una jefatura, ni las revelaban con estruendosos aplausos cuando creían que Ramírez había vencido á Pimentel, ó viceversa. Ellos, por su parte, no se juzgaban maestros ni reclutaban adeptos, y, lo que es más digno de encomio, no solamente se respetaban y guardaban los miramientos naturales entre personas bien nacidas, sino que se estimaban sinceramente. Llegaban siempre listos al combate, á la discusión, sin la cual parecía que no podían vivir; esgrimían sus armas con singular denuedo, pero sin causarse heridas de esas que no cicatrizan nunca; la honra, la dignidad, el amor propio mismo, quedaban ilesos. No tenían después por qué reconciliarse, puesto que la divergencia en ideas estéticas y en punto á criterio histórico, así como los procedimientos que cada uno seguía al exponer su credo literario, no los convirtió nunca en enemigos personales. Se estrechaban la mano al terminar las sesiones del Liceo, no por mera fórmula social, ni haciendo aquellas reservas mentales que de continuo acompañan ese acto, después de uno de los llamados *lances de honor*.

¿Quién—preguntará acaso el lector—alcanzó mayor número de veces la palma del triunfo? ¿quién manifestó de modo más claro y evidente su superioridad, Pimentel ó Ramírez?

Séanos permitido responder á esas preguntas. Las circunstancias del actual momento nos autorizan á intentarlo con probabilidades, si no de acierto, sí de decir la verdad tal cual nosotros la vemos. Ni Ramírez ni Pimentel existen; las obras del primero, tiempo ha que fueron reunidas en dos gruesos volúmenes, precedidas de brillante y magistral estudio debido á la pluma de Altamirano; las del segundo, aparecen ahora coleccionadas por el cariño filial; á

Ramírez y á Pimentel les tratamos muy cerca y junto á ellos tuvimos la inmerecida honra de sentarnos en academias científicas y literarias, á ambos les estimamos sinceramente y dolorosa fué su pérdida para nosotros que nos preciábamos de conocer sus virtudes, de admirar su ciencia, de instruirnos con la lectura de producciones. Estamos, pues, bien informados, y podemos además ser imparciales al escribir esta página de nuestra historia literaria; y son la buena información y la imparcialidad las que, cuando el historiador carece de otras eximias dotes, avaloran sus trabajos.

Contestemos entonces las indicadas preguntas diciendo que ni en inteligencia ni en saber era superior al otro, uno de ellos; Pimentel y Ramírez era sencillamente dispares. La erudición en ambos era extraordinaria; su facilidad de percepción igual; de su dedicación constante á las tareas literarias hay pocos ejemplos; de su sentido crítico, aunque yendo á las veces por distintos derroteros, y de su amor á la discusión, no cabe hacer distinciones.

Era Ramírez, como escritor, más brillante, más galano en ocasiones, diluía menos su pensamiento, era más sintético. En cambio Pimentel era más razonador, y con estilo terso y claro convencía ya que no arrebatava y con las que podríamos llamar sus ampliaciones, lograba que sus lectores ó su auditorio se compenetraran por completo de lo que él pretendía demostrar. Ramírez, aunque era un gran pensador, alto y profundo, era un humorista que sacrificaba no raras veces á la gracia de una frase rabelasiana, la majestad de un período que había comenzado por despertar la admiración y acababa por provocar una carcajada. A su vez Pimentel se hacía con frecuencia árido, porque llevaba hasta la exageración su

empeño de no emplear giros retóricos que, según repetía de continuo, eran poesía impertinente. Escribiendo ó hablando iba derechamente á la tesis que se había propuesto desarrollar ó defender. Y como la inmensa mayoría de los que leen ó escuchan no se conforma con la verdad dicha lisa y llanamente, sino que quiere que se le presente revestida de brillantes galas, entre fulgores y perfumes, á Pimentel se le acusaba de ser, como escritor y orador, pálido y frío, porque no hería la imaginación ni avivaba el sentimiento, sino que se dirigía á la razón ante todo y sobre todo. Parecía que era para él un dogma inviolable este precepto de un gran crítico inglés: «La primer regla á que ha de obedecer todo escrito, á la cual están subordinadas todas las otras, es que las palabras usadas por el autor sean aquellas con que expresaría su significado el mayor número de lectores.»¹ He ahí por qué se cree por algunos que Pimentel era inferior, en punto á estilo, á Ramírez. Sí, la extremada sencillez del primero contrasta, es cierto, con la grandilocuencia que no es rara en Ramírez; pero téngase en cuenta que, en su mayor parte, los escritos de Pimentel versaron sobre asuntos en que no eran necesarias las galas que se han querido echar de menos; que no contribuyó, sino por excepción, á publicaciones meramente literarias, que no fué tribuno popular, sino orador académico, que no se ejercitó en la cátedra, donde no es posible dejar de pagar un tributo al gusto de la juventud poética y soñadora para hacerse amar de ella, para conquistar sus simpatías, su admiración tal vez, halagándola, enseñándole la verdad, no descarnada sino embellecida, dulcificando su amargura mezclándola

1 Macaulay. Carta al editor Mr. Napier.

con el licor suave y perfumado. Ramírez fué todo eso que Pimentel no llegó á ser: tribuno, orador parlamentario, catedrático, periodista.

Empero no se crea que faltan en absoluto entre las páginas de ese escritor, ni elegancia ni elocuencia. Varios de los pasajes que hemos reproducido en este estudio, comprueban plenamente lo contrario. Pimentel era un crítico que podríamos llamar didascálico, pues demostraba para enseñar convenciendo, fiel siempre á las doctrinas de las autoridades reconocidas por todos, en tanto que Ramírez, mejor que crítico, era un gran satírico que fiaba á su regocijado humorismo, rayano por lo común en incisiva y mordaz diatriva, el derrumbamiento de los ídolos que abominaba y la muerte de las leyendas y de los mitos. Ramírez tenía grandes puntos de contacto con Carly, mientras que Pimentel parecía vaciado en el molde de Macauley. El primero, espíritu verdaderamente volteriano, ardía en ansias demoleadoras, sin deseo de reconstruir nunca; de todo se burlaba, aparentaba no creer en nada. El segundo se recreaba en la verdad cuando creía haberla encontrado tras paciente labor. Y hay más todavía. Ramírez, sin escrúpulo, torturaba la verdad cuando así convenía al éxito que perseguía en una controversia, mientras que Pimentel nada decía ni afirmaba, sino severa, concienzudamente. Tan cierto es esto, que si Pimentel obtuvo memorable victoria sobre Ramírez al impugnar el discurso de éste sobre la poesía erótica de los griegos, fué entre otras razones, si no nos equivocamos, porque arrastrado el Nigromante por el prurito de no aparecer creyendo lo que de antaño se ha tenido por cierto, por no ser tenido por uno de tantos carneros de Panurgo, falseó por completo, á sabiendas sin duda, el carácter de la poesía helena,

como fácilmente lo reconocerá quien lea en el tomo tercero de la presente colección, la monografía literaria intitulada *Impugnación*, de la que ya en su lugar dimos noticia.¹

Lo anterior, no pretendemos que sea tomado sino como el bosquejo de un paralelo entre los dos campeones del Liceo Hidalgo, bosquejo que por pluma más diestra que la del autor de este estudio preliminar, acaso se escriba algún día.

Concretándonos de nuevo á nuestro autor, vamos á reproducir lo que uno de sus biógrafos dijo al referirse al papel que representó en los trabajos del Liceo Hidalgo. Después de apuntar que los primeros años en que Pimentel figuró en la Sociedad de Geografía y Estadística, fueron una de las épocas de esplendor de esa corporación, debido en parte á que él desempeñó eficazmente muchas comisiones, sostuvo discusiones, presentó dictámenes y escribió artículos para el *Boletín* de la Sociedad, agrega: «Mucha mayor fué su influencia en el adelantamiento del Liceo Hidalgo: formó un nuevo reglamento, asistía puntualmente á las sesiones, sostuvo discusiones animadísimas, leyó dictámenes y disertaciones, contribuyó mucho á convocar concursos literarios y á que se celebrasen veladas en honra de nuestros escritores. A Pimentel, Ramírez, Barreda y otros miembros del Liceo se debe, en México, la casi extirpación del espiritismo, sistema que impugnaron victoriosamente en reuniones hasta de mil personas. Desde que Pimentel dejó la presidencia del Liceo Hidalgo, comenzó á decaer esta Sociedad, que hoy

¹ Los que quieran formarse un criterio propio respecto al discurso del Sr. Ramírez, impugnado por Pimentel, pueden ver dicho discurso en el tomo 1.^o de las *Obras de Don Ignacio Ramírez*. México, 1889.

no existe más que de nombre. He aquí de la manera que se ha juzgado á Pimentel como orador del Liceo Hidalgo. El periódico *El Porvenir* dijo: «Uno de los oradores más distinguidos ha sido el actual Presidente del Liceo, el Sr. Pimentel, uno de nuestros más sabios filólogos: dotado de un talento claro y perspicaz, de una memoria feliz, reúne á la severidad é ilustración de su juicio, una erudición verdaderamente asombrosa; examina con detenimiento y juzga con independencia, aunque á veces suele inclinarse al principio de autoridad; sin embargo, consagra un culto sublime á la ciencia y á la razón, únicas á quienes cree é dignas de conducir al hombre por el obscuro sendero de la vida; posee un estilo puro, castizo; su dicción, aunque algo precipitada y á veces repetida, es acentuada, expresiva y llena de persuasión; sus discursos están sembrados de rasgos ingeniosos y delicados, tiene giros felices y ocurrencias graciosas y oportunas. Sencillo, afable, fino en su trato y en sus maneras, en las que se advierte una alta distinción, ha sabido conquistar las mayores simpatías del Liceo.»

Corren impresos varios de los discursos por Pimentel pronunciados en el Liceo; no todos, porque las penurias de la corporación no permitieron sino rara vez el empleo de taquígrafos, y está igualmente impresas dos disertaciones importantes, de las cuales no juzgamos indispensable hacer sino ligera mención, porque necesitamos reservarnos para tratar de su última producción, de la que ha sido más contradictoriamente juzgada: la *Historia crítica de la poesía en México*. Aquellas, es decir, las disertaciones, intitulanse respectivamente: *Impugnación al discurso sobre la poesía épica de los griegos, leída en el Liceo Hidalgo por el Sr. D. Ignacio Ramírez*, (1872), y *Diser-*

tación histórica acerca de la poetisa Safo, leída en el mismo Liceo y publicada en «El Domingo.»¹ Ambos estudios figuran en el tomo tercero de estas OBRAS COMPLETAS y en ambos encontrará confirmadas las indicaciones que en el curso de esta «Noticia Preliminar» respecto á la erudición portentosa de Pimentel, á su exquisito sentido crítico y á las demás cualidades excelentes que realzan sus obras.

Por las referencias que en diversos pasajes de este estudio hemos hecho de la obra de que ahora vamos á dar noticia, así como de la «Advertencia preliminar» puesta por el autor al frente de la primera edición, se viene en conocimiento de que la primitiva idea de Pimentel fué escribir una Historia de la literatura mexicana; que renunció después á ese pensamiento por no tener á la mano todos los documentos necesarios y se redujo á formar un libro con el título de *Biografía y Crítica de los principales escritores mexicanos*, dividiendo el libro en dos partes, una relativa á los poetas y otra á los prosistas; que publicó varios de sus capítulos en diversos periódicos, y que cuando por causas que no hay por qué señalar, sus-

1 La rehabilitación de Safo ha sido intentada antes y después de Pimentel por numerosos escritores europeos, como lo ha sido también la de la misma Lucrecia Borgia. El último trabajo que sobre la materia conocemos, es uno, eruditísimo por cierto, publicado en Madrid en 1881 por Fernández Merino, y en cual trabajo—hasta ocioso parece hacerlo notar,—no se hace alusión al de nuestro compatriota, publicado nueve años antes. En México procuramos conocer y estudiar las producciones europeas, hasta las que son meros escarceos literarios sin trascendencia ni utilidad real, como á nuestro parecer lo son esas leucubraciones encaminadas á rectificar las creencias generales respecto á la vida privada de ciertos personajes de la antigüedad. Pimentel incurrió en una debilidad, á nuestro juicio, al entrar en controversia con D. Alfredo Bablot, acerca de si fué ó no buena y casta la insigne poetisa griega, distraiendo así horas que habría empleado mejor en sus habituales estudios, graves y útiles.